

Cuando a los niños se les moja el colchón

En Puerto Casabe, municipio colombiano ubicado frente a Barrancabermeja, en el noroccidente del país, y frente a las refinerías de Ecopetrol, niños, niñas y adultos padecen, históricamente, las inundaciones que les traen zozobra y enfermedades. Unicef hace presencia allí.

En muchas poblaciones ribereñas del país, la figura retórica de ‘pasar el río’ cuando los niños se orinan en la cama, ha perdido todo su sentido, porque el río les moja el colchón a todos, dos veces al año, durante toda su vida.



Por Marta Lucía Moreno Carreño

A Miguel lo desvelan un sueño y una pesadilla; sueña con levantarse un ‘28’, es decir, un puesto temporal en los pozos de petróleo cercanos a Barrancabermeja; 28 días de trabajo por dos millones ochocientos mil pesos (USD\$ 1.200 aprox.) Su pesadilla son las culebras, porque en el invierno el agua amenaza con subirse a su cama y también las serpientes, que buscan un lugar seco huyendo de la inundación.

“Perdí la cuenta de cuántas he matado en mi casa. No me pongo a ver si son venenosas o no; ¡las mato a todas!”, asegura este joven que acaba de terminar su bachillerato. Él, por el ejemplo de su madre, secretaria de la Junta de acción comunal de Puerto Casabe, es uno de los líderes de esta vereda de Yondó, Antioquia, ubicada frente a las instalaciones de Ecopetrol, en la orilla occidental del río Magdalena, en Colombia.

En Puerto Casabe hay 60 familias, 98 niños y niñas, 100 adultos y mucha agua. Cada año, el majestuoso Magdalena invade las casas de madera y de ladrillo, y lo trastorna todo. Desbarata pozos sépticos, saca a pasear las heces por las calles vueltas ríos, entre cerdos, perros y niños que juegan allí y hace trizas la rutina de los pobladores, que tratan de salvar sus cosas, curar gripas, hongos y diarreas en los niños, y alegar en un diálogo de sordos con las autoridades que parecen no tener oídos para su tragedia.



“Queremos soluciones”

“Claro que se agradece el mercado que nos mandan en cada invierno –dice desesperada Nubia Marín, la tía de Miguel–, pero nosotros queremos es soluciones; no podemos vivir con esto dos veces todos los años, sin que nadie haga nada por nosotros”. Los funcionarios de la administración municipal, que llegan con bultos de mercado (lo único concreto que pueden ofrecer), están presos de la burocracia que exige términos, procedimientos, requisitos y mucha plata para ofrecer una opción válida a una situación de emergencia que nunca ha dado espera.

Luz Mary Marín, madre de Miguel, vive allí desde hace 17 años. Su piel tiene las cicatrices de los hongos del invierno, testimonio de las enfermedades que llegan con las inundaciones: diarreas, gripas y dengues que atacan sin distingos a niños, niñas, adultos y ancianos en Puerto Casabe y en todas las poblaciones ribereñas.

En Yondó y Puerto Wilches, cerca de Barranca, hay más de 15 mil damnificados por el invierno, en más de 20 municipios y corregimientos.

Puerto Casabe fue un puerto de pescadores y lancheros que vivían de transportar gente de un lado al otro del río, antes de que construyeran el puente entre Barrancabermeja y Yondó. Hoy es una vereda en donde la pobreza riñe con la riqueza de los pozos de petróleo que la rodean y cuyas regalías no parecen destinadas a los pobres.

Durmiendo con la amenaza

Desde hace semanas llueve sin descanso. Miguel duerme con un ojo abierto atento a las aguas que se mueven debajo de su cama. A las dos de la mañana la lluvia persiste; el agua ya casi roza su colchón. Miguel y su mamá, se levantan y, a oscuras, salen a buscar ladrillos. Una vecina ofrece unos pocos. Guiado por los resplandores de los rayos, con la pata al suelo y el agua hasta la rodilla, Miguel los busca a tientas en el fondo del agua. Los truenos, el golpeteo de las gotas en los techos de zinc y la algarabía de los vecinos los mantienen en vigilia. Todos están afanados por la nevera que no han acabado de pagar, por el armario o 'chiffonnier' (así lo llaman), por el televisor sin luz desde hace días. Con su mamá y su hermanito de 11 años, encaraman unos centímetros más arriba la nevera que hace equilibrio sobre tablones, canastas de gaseosa y otros ladrillos más. Y mientras arman otro andamio a las tres de la mañana, atrapan en el aire el 'chiffonnier' que decide suicidarse de repente, sin consideración con esta gente trasnochada todos los días para salvar sus cosas.



Al terminar, Miguel se sienta en su cama a recuperar el aliento: ¡ya se mojó el colchón! No se hace mala sangre y sale a esa hora, con su alma de líder en ciernes a ver dónde más puede ayudar, mojado hasta los huesos, dispuesto a poner el pecho para sus vecinos.

Agua sucia, agua limpia

Cuando llegamos, él y su mamá nos reciben como si no hubieran soportado esa tragedia durante años: “¡Mis doctoras!”, nos dicen con una sonrisa mientras caminamos lentamente entre el río que demora nuestros pasos prudentes; no sabemos dónde habrá un hueco, una trampa o una culebra. Su fuerza y optimismo coinciden con el griterío de los niños que juegan entre las mangas del río como en su parque de diversiones, sin experimentar zozobra. “El río es vida y belleza y, cuando no está bravo, nos da mucha pesca”, dice Luz Mary, pescadora ella y de familia de pescadores. Y luego, “Cuando todo se inunda, se va el gas y la luz y tenemos que ir a buscar leña empapada para poder cocinar. Después, nos quedan los dolores de cabeza, las rasquiñas, las gripas”.

“¡Mis doctoras!”, les dicen luego con otra sonrisa a Mary Stella Cárdenas y a Claudia Milena Velasco, las enfermeras de Proinapsa de la Universidad Industrial de Santander que enseñan, en convenio con Unicef, prácticas de salud en el marco del Programa de Educación en Emergencias promovido por la entidad internacional en toda esa región.

El efusivo recibimiento se explica porque, por estos días, somos las únicas personas que han venido a ver cómo se encuentran y agradecen el 'apoyo moral'. Y también porque se les ha dado información sobre 'prácticas clave' que pueden ayudarlos a cuidar de su salud y la de sus hijos y que les indican medidas de higiene que pueden adoptar en situaciones de emergencia; les dan informaciones de nutrición y alimentación de la infancia y cuidados de la salud. Además, cada familia ha recibido un filtro para que dispongan de agua

apta para el consumo humano. Esto ayuda a prevenir las enfermedades que llegan con la emergencia invernal y que incluso se incuban cuando las aguas del río se retiran y dejan la devastación: el barrizal, los pozos sépticos deshechos, las larvas de mosquitos creciendo, los hongos germinando en la piel, las gripas y diarreas. Y un montón de trabajo por delante antes de que puedan recuperar su ritmo de vida. Esta vez, al menos, con las inundaciones llegó Unicef y les trajo los filtros; y tomarán agua limpia de ese río que los acosa y fustiga dos veces por año.



Fotografías de Carlos Durán